



Anfield

Ganamos y perdemos juntos

Juro que se hizo el silencio, que de repente no se escuchó nada, si acaso un golpe y el arañazo del balón en las redes. Y no en dos actos consecutivos, inmediatos. Primero un *tac* y un buen rato después, largo, bastante dilatado en el tiempo, el arañazo. Tampoco estoy del todo seguro de que sucediera así, digo que posiblemente fue de este modo. Lo he hablado con más testigos y todos coincidimos: se hizo un silencio de respiración mantenida y en el ahogo escuchamos los dos impactos. Nada más. Nada menos. El tiempo transcurrido entre cada suceso es variable. Para algunos son décimas de segundo, para casi todos es una vida. Entre medias, lo único cierto fue el silencio.

Es raro que un estadio como Anfield Road se calle. Habitado al rugido, conseguir que se escuche la nada ante más de cuarenta y cinco mil espectadores tiene mérito. Y mucho. Reyes y Forlán lo saben. Ellos fueron capaces de lograrlo, en especial el uruguayo, que a finales de la temporada 2009/2010 ya había decidido que sus goles y sus abdominales debían ser conocidos en todo el Continente. Como en las buenas películas de suspense, todo llegó a su debido tiempo. No es cosa de empezar





enseñando cacha a las primeras de cambio y que te tomen por un chico fácil o un equipo cualquiera.

El Atleti, desde luego, no lo es. Ni fácil, ni difícil, es diferente. Y todo en la segunda visita rojiblanca a Liverpool fue distinto a la primera vez, que tuvo lugar en Liga de Campeones, un par de años antes, en plena fase de grupos. Fascinados por el himno de la competición, la presencia del ‘Niño’ en unas gradas que no eran las suyas de toda la vida y la clasificación medio sellada, lo de menos fue el penalti señalado a Pernía y el empate final con sabor a hurto. Era una gran fiesta, una apología de la hermandad entre aficiones y ningún jugador se atrevió a estropearlo. Aplausos para unos, ovaciones para todos, y hasta más ver.

La segunda visita iba a ser menos amistosa. Anfield Road tenía la llave de una final europea con la que no nos atrevíamos a soñar y esta vez ni la emotiva presencia de Fernando Torres en las gradas iba a desviarnos del objetivo. Él también lo haría, pensábamos, para aliviar la mala conciencia. Directa o indirectamente, deseábamos el mal a quien se fue del Atleti por amor. Ironías del destino, nunca la alegría se nos da completa.

Viajamos a Liverpool para doctorarnos en fútbol. Los apuntes los teníamos frescos y llegaba la hora del penúltimo examen. En el vuelo chárter se respiraba un ambiente cargado de ansia, inquietud por querer llegar pronto, reconocer el terreno, empezar el partido. Se respiraba fútbol. La visita a la ciudad quedaba en segundo plano. Había que cumplimentarla aunque a la mayoría nos sobrara. Es duro, pero cierto: a veces hay que elegir entre el balón y la cultura y... bueno, los daños colaterales existen.

Ojo, no se dejaron de lado algunos puntos emblemáticos de la ciudad. Por ejemplo, *The Cavern* cantaba ‘somos





socios del Atleti' al unísono mientras las pintas de cervezas jugaban a las cuatro esquinas, de mano en mano por todo el local. De acuerdo, nadie buscaba averiguar en ese instante en cómo les daría por juntarse a John, Paul, Ringo o George o si para llegar al éxito antes debieron tocar más de diez mil horas en directo por, adivinen, locales de Hamburgo. Eso no le importaba a casi nadie y el que tuviera esa inquietud eligió un mal día para satisfacerla. El santuario de *los Beatles* estaba tomado, era la Embajada rojiblanca en Liverpool y allí sólo queríamos saber si al Atleti le había dado tiempo a juntar las horas suficientes de entrenamiento para pasar de ronda y cuánto tiempo quedaba para que arrancara el partido, en hora inglesa, *of course*.

El tiempo invitaba a refugiarse. Era el típico día del norte español pero sin sol a la vista ni escondido tras las nubes. En Liverpool no hay sol o no nos dio la oportunidad de descubrirlo. Llovía suave pero ininterrumpidamente y antes de caer por *The Cavern* alguno optamos por visitar el museo de nuestro anfitrión. Mala idea. Cinco Copas de Europa reinaban en el pasillo principal, interminable, en el que miraras donde miraras sólo había plata y gloria. Como se nos active el ADN a los dos equipos, razonábamos en voz alta, pintan bastos. No había escapatoria visual en aquellas paredes. Si mirabas a la derecha irrumpía una gran foto de Kenny Dalglish diciendo *bye, bye* con quién sabe qué copa ganada con su Liverpool. A la izquierda eran Gerrard y Benítez con la *Orejuda* quienes repetían el gesto. Por delante o por detrás sólo había grandeza. El Liverpool es un coloso y nosotros tan, cómo decirlo, tan de nuestro Manzanares. Tocaba tirar de orgullo.

Después de toda una vida jugando este partido en la *play station* con tus amigos, las horas no avanzan. La secuencia debería de ser: aterrizar, visita turística esencial o





ni eso, pizza o bocadillo a escoger y partido, en una sucesión vertiginosa de tan sólo diez minutos de duración, en lugar de las diez horas reales de espera por una semifinal ansiada. Seiscientos minutos en los que paseas, comes, visualizas el partido, vuelves a pasear, cantas las canciones del Calderón, vuelves a repasar el choque esta vez con variantes tácticas, paseas, paseas, paseas...

Así hasta que por fin te ves haciendo la primera vuelta de reconocimiento al estadio, cruzándote con los que tienen el mismo sueño que tú y cinco Copas de Europa más en sus vitrinas. Es el momento de poner cara seria, de concentración, porque de alguna manera también juegas, eres protagonista y hay que mandar un mensaje claro: hoy no juega Pernía. En la cola miras la entrada, la guardas en el bolsillo y cada rato echas la mano al pantalón con cierta discreción para comprobar que nadie te la ha quitado. Es imposible que hubiera sucedido pero nadie te puede arrebatarte en un descuido la posibilidad ver jugar a tu Atleti una semifinal europea en Anfield.

Mientras abren o no las puertas van pasando renombrados periodistas a los que intentas sacar un resultado optimista y ex jugadores como Cubillo que conocieron el infierno y que viajan igual que tú, en chárter, con tus mismos sueños y similar entrada. Unos y otros, todos, son tus hermanos como se comprobará más adelante, cuando el silencio entre en escena.

Por fin el reloj te hace el primer guiño y deja que las puertas se abran. Es el *This is Anfield* del aficionado, sin placa que tocar ni césped al que saltar. Debí acelerarme demasiado en ese momento porque me acuerdo de la textura de los asientos, los chalecos de los *stewards* o la luz tenue de los marcadores del estadio pero soy incapaz de verme subiendo o bajando las escaleras o paseando por los vomitorios que me llevaron a mi butaca. Como si ese





trámite mi memoria lo hubiera eliminado por irrelevante dentro del relato de lo que está por venir.

El Liverpool F.C. sabe lo que tiene entre manos. Es consciente de que su estadio genera fascinación entre todos los aficionados del mundo y por eso elige el *Anfield Road Stand* para ubicar a las hinchadas visitantes. Desde allí, *The Kop* despliega, intimidatorio, su grandeza, como un papagayo. Se avista más vertical y masificado de lo que los vídeos te contaban y el baile de las banderas que exhiben de extremo a extremo del fondo es aún más hipnótico de lo que habías imaginado cuando paseabas a orillas del Mersey unas horas antes. La postal te la completan con tu vista lateral a unas tribunas repletas de aficionados que una y mil veces vieron salir de su asiento a Bill Shankly. Leyenda que es bronce en la puerta principal del estadio.

Nosotros tan sólo tenemos la cabeza de Pantic inmortalizada en bronce. Merecía el cuerpo entero, o al menos cabeza y pie derecho, pero no daba para todo. Ahí podía estar una de las grandes diferencias entre ambos clubes. O tal vez no. En ese momento ninguno teníamos estas cosas presentes. Nos daban igual *The Kop*, Gerrard, Benítez y hasta el uno a cero del partido de ida, obra de Forlán, por cierto. Una vez que estábamos en ese fondo, un atlético al lado del otro, en la trinchera, sólo estaríamos pendientes de ovacionar una única vez a Fernando Torres y de no desfallecer en el aliento. Ya saben: jugamos, ganamos y perdemos todos.

Anfield es un estadio ruidoso a su manera. Tiene su momento de exaltación al fútbol, al hincha, cuando cantan su *You'll Never Walk Alone*, banda sonora del fútbol mundial, y pequeños momentos de grandes decibelios. Son tramos de gran alboroto que enseguida devuelven el protagonismo a lo que sucede sobre el césped. El atlético





no entiende de parones. O anima o calla y generalmente opta por hacer lo primero de continuo. Es lo que se vivió en este partido de vuelta, semifinal de la Europa League. Hizo ruido.

El comienzo del encuentro en el césped fue estrepitoso. Todos los partidos que se habían disputado en nuestras cabezas tenían unos cuarenta y cinco minutos bastante diferentes a los reales. No había semejante agobio en la salida del balón ni, sobre todo, encogimiento en los nuestros. Por supuesto, no había gol psicológico de Aquilani, uno que pasaba por allí como nosotros, dos minutos antes del final de la primera parte. El descanso dejó la gran pregunta: ¿qué hacer en la segunda mitad? Como no éramos Quique Sánchez Flores, la única respuesta válida que encontramos fue la de animar.

Y en esas estuvimos otros cuarenta y cinco minutos, después de escuchar por segunda vez *You'll Never Walk Alone*, ahora más creíble, más convincente, tratando de empujar a puro grito a Valera y al Kun, a Perea y a Forlán. Eran intentos vanos. La continuidad que había en la grada no existía en el terreno de juego y no hubo manera de deshacer un empate técnico entre dos equipos con más corazón que cabeza en sus pies. De puntillas, como sin quererlo, habíamos llegado a la prórroga.

Habían pasado diez horas y noventa minutos desde que pusimos el primer pie en Liverpool. La prórroga nos vendría bien para descansar y tomar fuerzas pero al comprobar que Anfield se sentaba, el atlético decidió ponerse de pie. Y cantar. Cantar como no se había hecho hasta ahora. No más fuerte ni más alto, tampoco más continuado. Cantó más ansioso. El primero que empezó estaba varias filas por detrás de mi asiento. Hizo público lo que todos estábamos haciendo por dentro, cantarnos que era posible, que después de tanto tiempo no se podía escapar.





Y mientras Anfield descansaba, la Embajada rojiblanca en Liverpool entonaba una nueva canción que apenas se había estrenado en Madrid pero que en tierras inglesas se convertiría en el *hit* de los años venideros.

The Kop ya no lucía tan inclinado y el tercer *You'll Never Walk Alone* de la noche calaba menos. No había descanso, la canción iba y venía en bucle, como una oración, una invocación colectiva. Estábamos dando el primer paso hacia lo imposible. O eso parecía. Mientras fuera creíamos, dentro, en el césped, Benayoun nos decía que no con su gol, el dos a cero que nos mandaba directamente a casa. El israelí acertó a batir a De Gea en nuestra portería, la que teníamos justo delante a menos de veinte metros, y vino a nuestra esquina a celebrar su pase a la final. Se arrodilló esperando que imitáramos su gesto pero en lugar de doblegarnos, seguimos cantando. A una sola voz más ansiosa e inquieta todavía.

En Anfield Road nadie entendía nada. Ni ellos ni nosotros. Sólo cantábamos y descontábamos los minutos que por primera vez en todo el día sí corrían. Y bastante deprisa. El segundo gol *red* debía enmudecernos pero aún hoy se sigue buscando el motivo que nos llevó a no desfallecer. Optamos por cantar para buscar una victoria. Si en el terreno de juego ésta se nos negaba, habría que vencer en las gradas. Un ganamos sí o sí. De alguna manera, algo, como fuera. Después de tanta hambre atrasada, de Anfield no podíamos irnos con las manos vacías.

Y hubo tanto ruido que al final llegó el final. Y en mitad de cualquier canto enajenado, alguien, quizá Perea, a lo mejor Domínguez, cruzó un balón desde el centro del campo hasta la banda diestra donde apareció Reyes. En ventaja. En mitad del ruido. En el minuto ciento dos de la prórroga. Y el utrerano, incómodo por un balón que le llegó a pierna cambiada, vio que Forlán entraba





llamativamente sólo al punto de penalti y le sirvió el balón con un toque preciso de exterior. Con la zurda. Para asegurar.

Y con tanto ruido, en mitad de cualquier canción, la que alguien varias filas más atrás hubiera empezado a entonar en ese momento pisando a la anterior, se escuchó un simple *tac*. Sin más. Y se hizo un silencio nervioso y se nos colapsó la respiración mientras el balón avanzaba hacia la portería de Pepe Reina. Desde nuestro fondo, aunque lo intuíamos, fue difícil advertir la trayectoria del esférico. Sólo el silencio nos puso en alerta. Una quietud que no había existido en toda la semifinal, que ni el gol del Liverpool había conquistado. Fue el golpeo de Forlán quien logró que no se escuchara nada mientras el balón avanzaba. Hoy sigo manteniendo que fue lento aunque las imágenes me hayan demostrado una y diez veces después que lo hizo en décimas de segundos. Para mí fue una eternidad en la que cabían muchas cosas. El Tartiere, Getafe, el gol del Sergi Barjuán en el 2000. También Hamburgo y el miedo que todos teníamos a que en nuestra única oportunidad de la noche Forlán errara. No lo hizo. Al *tac* del uruguayo le acompañó, décimas de segundo o una vida después, un lamento de redes arañadas.

El delantero salió corriendo hacia el banquillo que ocupaban sus compañeros. Reyes, el Kun, Raúl García le perseguían. Y nuestro fondo no reaccionaba. Supimos que fue gol porque volvió el ruido, e irrumpieron los abrazos y las caídas varias filas hacia abajo, como queriendo llegar hasta De Gea, que celebraba solo. Supimos que fue gol por los abdominales al aire de Forlán y los gestos de Quique Sánchez Flores desde la banda hacia nosotros, sus aficionados, la Embajada rojiblanca en Anfield. Entendimos por fin, en mitad de aquel alboroto de abrazos rojiblan-





cos, que acabábamos de pasar a la final. Por primera vez en la noche, después del silencio, estábamos gritando todos juntos: jugadores y aficionados.

